LA ABDICACION DE UNA REINA,

COMEDIA EN DOS ACTOS

ESCRITA EN ITALIANO

POR T. GHERARDI DEL TESTA,

Y ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

A. M. S.

Antonio María Segovia?

MADRID:
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA,
CALDERON DE LA BARCA, N. 4.
1865.

8

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
4283.

LA ABDICACION DE UNA REINA.

Digitized by the Internet Archive
in 2021 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/laabdicacindeuna02gher

LA ABDICACION DE UNA REINA,

COMEDIA EN DOS ACTOS

ESCRITA EN ITALIANO

POR T. GHERARDI DEL TESTA,

Y ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

A. M. S.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1865.

PERSONAS.	ACTORES.
LA MARQUESA ADELAIDA....	STA. D.ª CAROLINA CIVILI.
DON CÁRLOS BELMONTE.....	D. JORGE PARDIÑAS.
SIR JORGE, padre de.....	D. CALIXTO BOLDUN.
EMMA.....	D.ª ANDREA RUIZ.
JULIO.....	D. LEOPOLDO ALVERÁ.
ROSA, criada.....	D.ª JUANA GONZALEZ.

La escena se supone en Andalucia en una quinta de la Marquesa.

NOTA. Sir Jorge deberá hablar chapurrado y con acento inglés muy fuerte; su carácter es vivo, resuelto y franco, sin aspereza ni groseria. Emma hablará con mucho menos acento, y con una especie de frialdad acompasada y monotona; sin accionar n gesticular, excepto cuando se indique lo contrario.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su permiso.

Los Corresponsales y agentes de la *Administracion Lírico-dramática* son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todas las poblaciones del reino.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala elegantemente amueblada. Puerta al foro, y otra á cada lado. Una ventana.

ESCENA PRIMERA.

ADELAIDA leyendo en una poltrona al lado de un velador.

Pues señor, está visto: este autor es un malvado!... Tanto como se declama contra los libros inmorales, y no prohiben éste que tan perniciosas máximas divulga. (Lée) «Para triunfar de una mujer altiva no hay como »no hacerle caso: logra pronto el desden lo que jamás »alcanza el rendimiento.»—Majadero!... ¿Por qué no vienes aqui á hacer la prueba?—Llégate, hombre vano, llégate á la córte de la marquesa Adelaida, á quien proclaman reina de la belleza y de la moda, mil y mil rendidos vasallos, y prueba con tus desdenes á vencerla y destronarla.—¿Y quién sabe si el tal autorcete no es, además de necio, viejo y corcobado?—Espérate un poco, que esto merece notas marginales. (Escribe en el libro y va leyéndolo.) «El autor... es un asno..., un inso»solente...» Pero nó, nó; mejor será arrancar la hoja:

724408

asi se quita el peligro de que se propaguen doctrinas tan subversivas del imperio mujeril. (Arranca una hoja, y haciendo una pelotilla la tira al suelo.) Pues ya escampa!— (Lée.) «Es la mujer el más bello, pero tambien el más »ponzoñoso animal que crió naturaleza.»—Y tú el más grosero y el más estúpido de todos los animales. (Tira el libro al suelo.)

ESCENA II.

JULIO y ADELAIDA.

JULIO. Buenos dias, tiita.

ADEL. Adios, sobrino.

JULIO. Cómo anda el reino?

ADEL. No muy allá. (Riéndose.) Ya ves cómo me abandonan mis súbditos... Los de la capital no sólo no vienen á rendirme pleito homenage, sino que ni siquiera me escriben.

JULIO. Sentiria perder mi apuesta.

ADEL. Qué apuesta?

JULIO. La que me hizo la baronesa, á que dos meses de ausencia bastarian para hacerle á usted perder el cetro y la corona; y sobre todo su arrogante independencia.

ADEL. Eso apostó?

JULIO. Toma! como que no la llama á usted más que *Diana*, aludiendo á la heroina del *Desden con el desden*.

ADEL. Pobre necia!

JULIO. Y en verdad que no falta á la comparacion ni aun el amartelado conde de Urgel.

ADEL. Ah! ya entiendo: su tocayo don Cárlos?

JULIO. Mucho que sí.

ADEL. Hace ya dias que no se le vé el pelo al tal señor don Cárlos Belmonte: pero él volverá... él volverá.

JULIO. Lo creo tia, porque no sé qué magia, qué atractivo es el de usted que á todos vuelve la chaveta.

ADEL. El secreto de mi magia es muy sencillo: ser afable con

todos, sin preferir á ninguno. Así los entretiene la esperanza.

JULIO. Cuidado! no sea que algun dia...

ADEL. Déjate de vaticinios, que se acabó ya el tiempo de los astrólogos.

JULIO. El susodicho don Cárlos me parece que...

ADEL. No niego que es hombre de mérito, y un buen partido; pero me va mucho mejor de viuda verde.

JULIO. Pues al amigo por el contrario, le noto ciertos síntomas de fiebre matrimonial... Vive enteramente aislado... No piensa, como otros solteros, en devaneos, en... *interinidades*... digámoslo asi.

ADEL. Tambien yo he hecho esas observaciones que le realzan mucho en mi concepto... y si algun dia tomase una resolucion... heróica... Pero es preciso que el súbdito espere el momento en que tenga á bien su reina decir: «Es mi soberana voluntad...»

JULIO. Vuestra majestad me perdone si le digo que más verdes las he visto yo madurar.

ADEL. No verás ésta.—Pero hablando de otra cosa, ¿cómo vas tú con la inglesita?... Á velas desplegadas, viento en popa?

JULIO. Ay! tia, no: calma chicha!...

ADEL. ¿Pues no me dijiste...

JULIO. Sí, que no me pone mala cara: pero siempre me sale con que hable á su padre...

ADEL. Y en eso prueba su buen juicio.

JULIO. Ya, pero el tal padre es un extravagante; y muy testarudo; y si me suelta un *nó*...

ADEL. Pues, amigo, ganarle la voluntad.

JULIO. Cuándo? si el hombre se pasa la vida cazando.

ADEL. Hazte cazador; acompáñale...

JULIO. Ya he probado. El otro dia me presenté á él con un traje de caza muy elegante, una magnífica escopeta de Lefaucheux

ADEL. Y le cayó en gracia?

JULIO. Se me echó á reir diciendo que llevaba la escopeta co-

mo si fuera una guitarra; y añadió en su leng aje chapurrado: «uisté, senior Julio, ha visto en su vida estas más gordas.»

ADEL. Já! já! já!—Pero todo eso qué importa?

JULIO. No conoce usted al inglés: capaz es de negarme á su hija, si se convence de que no soy buen cazador.

ADEL. Torpe! vaya, será preciso que tóme yó cartas en el asunto.

JULIO. Ay! si, tiita; tóme usted... aunque sea toda la baraja: usted que tanta maña se dá para obligar á los hombres á hacer todo su capricho...

ADEL. Pero antes quiero sondear á Emma; luego hablaré con Sir Jorge...

JULIO. Bendita sea su alma de usted, tan hermosa como su cara.

ADEL. Quita allá, chapucero!

JULIO. Piensa usted que la adulo? Si usted oyéra lo que le digo muchas veces á aquel retrato suyo que tengo en mi cuarto!

ADEL. Alguna simpleza como tuya.

JULIO. Todas las mañanitas me le pongo delante, y le digo: ay! tia! si no fuera usted mi tia!

ADEL. Botarate! á mí con esas?

JULIO. Conque hablará usted por mí.

ADEL. Si; diré que aunque estás enamorado de tu tia...

JULIO. No, no, con formalidad, hágalo usted.

ADEL. Lo haré, calavera, lo haré.

JULIO. Viva la reina!

(Va á besarle la mano y ella le da un torniscon.)

ESCENA III.

ROSA y DICHOS.

ROSA. Señora, he visto á don Cárlos entrar por la verja ¿qué se le dice?

ADEL. Qué tal, Julio? ¿No te lo decia yo? Mira cómo vuelve al aprisco la oveja descarriada.

JULIO. Es usted un iman con miriñaque.—Y como yo sé los mandamientos, el onceno no estorbar. (Hace una pirueta y váse corriendo.)

ADEL. Tú dile á don Cárlos que... pero nó... hazle entrar. (Váse Rosa.)

ESCENA IV.

ADELAIDA sola.

Qué tunante es el tal sobrino!—He de hacer por arreglarle su boda Emma, además de tener muy buen dote es una excelente muchacha... (Pausa.) Mucho tarda mi señor don Cárlos. Lo mismo es éste que todos. (Remedando.) «Ingrata!... Corazon de mármol!... No volverá usted á verme!...» Y luego vuelven arrepentidos, pidiendo perdon: pero, eso sí, agachaditos, para ver de echarnos la red: y una vez dentro de ella, marido me llamo; la mujer esclava á la cadena; el incienso se disipa todo en humo, y á la adoracion sucede la imperativa arrogancia.—Ya os conozco, señores mios. Pero... aqui viene.

ESCENA V.

ADELAIDA y CÁRLOS.

CÁRLOS. (Saludando.) Marquesa...

ADEL. Oh! señor don Cárlos Belmonte! ¿Qué buen viento nos le echa á vueseñoria hácia esta quinta humilde y solitaria?

CÁRLOS. El viento de mi mala fortuna, que me trae á estrellarme contra el escollo de vuestra indiferencia.

ADEL. Cómo así? Ya sabe usted que en todo caso se le agradecen mucho sus visitas.

CÁRLOS. Lo de siempre; ese tonito burlon.

ADEL. Qué hombre tan adusto! (Con gachoneria.) ¿No se ha de poder hablar en broma?

CÁRLOS. Yo admito las bromas con tal de que no signifiquen que soy, como otros muchos, juguete de...

ADEL. De una *niña* loca, no es verdad? (Séria.) Hace ya tiempo, amigo mio, que no me divierten los juguetes.

CÁRLOS. Perdóneme usted si la he ofendido.

ADEL. Doblemos la hoja... ¿Se puede saber por qué viene usted en traje de caza?

CÁRLOS. Precisamente para ir á caza... para distraerme...

ADEL. De grandes cuidados. (Riéndose.)

CÁRLOS. ¿Y ahora á qué viene esa risa?

ADEL. Con que no he de poder yo reirme si se me antoja?

CÁRLOS. Ciertamente, en no siendo á costa mia.

ADEL. ¿Quiere usted que se lo diga claro?... Está usted un poquito... (Señalándose con el dedo en la frente.)

CÁRLOS. En efecto, loco de atar: ¿qué mayor locura que el haberme lisonjeado de interesar á usted y de granjearme su afecto?

ADEL. Ya se vé, como que yo soy un tronco... un peñasco de Sierra-morena!

CÁRLOS. Lo que usted es... no quiero decirlo.

ADEL. Pues yo quiero saberlo. ¿Qué soy? vamos.

CÁRLOS. Una mujer sin corazon.

ADEL. Perfectamente. Pero, amigo mio, con el sistema de usted no es extraño que así le parezca, porque... yerra usted el camino.

CÁRLOS. Qué camino?

ADEL. El del corazon.

CÁRLOS. ¿Pues no los he probado todos con usted?

ADEL. (Con gracia.) Yo... diria... que nó...

CÁRLOS. (Con calor.) Cómo! Pero eso, Adelaida, es alentarme á que...

ADEL. No hay que inflamarse por tan poco; que no es cosa de transformarse en un Mongibelo. No es fácil empresa el penetrar hasta aquí. (Señalándose al corazon.)

CÁRLOS. Pero cuál sería el camino más corto?

ADEL. Ahí está! Todos los hombres son unos!—Pronto, pronto, el camino más corto, porque los señores mios se impacientan de sufrir el yugo, que por cierto no es insoportable. Y hasta el señor don Cárlos, el hombre sério, el filósofo, se nos viene ahora con lo del camino más corto!

CÁRLOS. ¿Y no es natural el deseo de llegar en breve á la felicidad?

ADEL. Oh! La felicidad! ya salió la palabra retumbante! ¿Y cuánto dura? Para la mayor parte de los hombres, lo que una posada para el viandante, que despues de descansar y solazarse en ella algunas horas, se parte y la abandona... acaso para nunca volver! Ya os conozco, y... basta!

CÁRLOS. No creía yo, señora, que merecia ser contado en el gremio de los vagabundos de oficio, que á guisa de mariposas vuelan de flor en flor.

ADEL. Con la diferencia de que las mariposas liban á lo menos el cáliz de las flores, y esos entes superficiales se contentan con una vuelta de vals, ó con una polka.

CÁRLOS. ¿Y habré yo de aumentar el número de semejantes mentecatos?

ADEL. Yo no digo tal cosa; pero si usted dá tambien en ser ligero, impaciente..., tambien habrá de contentarse con una vuelta de vals.

CÁRLOS. Basta. (Con ansiedad y tristeza.) Señora, basta: reconozco mi engaño; veo que no he logrado inspirar un poco de estimacion ni aun de confianza siquiera.

ADEL. (Qué fisonomia tan expresiva!) (Ap. mirándole á hurtadillas.)

CÁRLOS. Paciencia! (Vá á tomar el sombrero.)

ADEL. (Con dulzura.) Tan pronto!

CÁRLOS. No quiero ser importuno. (Echándole une ojeada melancólica.)

ADEL. (Ap.) Qué ojos tiene tan hechiceros!

CÁRLOS. Venia con ánimo de consultar á usted un asunto importante...; pero lo que acabo de oir (Con seriedad.) basta para decidirme.

ADEL. Vamos, venga usted acá... ¿Qué es ello?

CÁRLOS. Nada que á usted pueda interesarla.

ADEL. (Con agasajo.) Qué sabe usted?... y si me interesára?

CÁRLOS. ¿En qué concepto?

ADEL. En el de amiga...; de sincera amiga.

CÁRLOS. Pero lo es usted mia acaso?

ADEL. Filósofo escéptico! De todo duda.

CÁRLOS. Usted sí que duda de todo, y de todos.

ADEL. Yo tengo motivos para dudar. Soy viuda... tengo veintiseis años... y una costosísima experiencia!—Conque, vaya, pronto, ¿qué proyectos son esos?

CÁRLOS. Sir Jorge, ese inglés millonario á quien usted conoce, cazador maniático, hombre extravagante y caprichoso, se ha prendado de la posesion que tengo aquí en la sierra, y quiere comprármela.

ADEL. La quinta de Álamo-hermoso, ¿pero, y las tierras, y el cortijo?

CÁRLOS. Todo lo quiere.

ADEL. Y entonces... usted?

CÁRLOS. Yo entonces... me iria á viajar por largo tiempo.

ADEL. (Con sentimiento.) Alejarse así!... Qué locura!

CÁRLOS. Señora, yo me lisonjeaba con la idea de una feliz union... pero perdida esta esperanza, ningun lazo me sujeta ya en este pais.

ADEL. Vaya, vaya; no hay que pensar en eso: es preciso decirle á sir Jorge que no rotundamente.

CÁRLOS. Una palabra de usted bastaria para decidirme.

ADEL. Pues no la he dicho?

CÁRLOS. Pero no precisamente la que yo quiero.

ADEL. Quiero! quiero! Sepamos de una vez qué significa ese *quiero* arrogante.

CÁRLOS. De una vez, y por última vez, le pido á usted formalmente la mano de esposa. Hablemos claros.

ADEL. Pero, señor, esto es ponerle á una el puñal al pecho. Ya otras veces lo he dicho, no estoy decidida á volver á casarme... Si con el tiempo... me resuelvo... allá veremos; lo meditaré y...

CÁRLOS. Y entre tanto yo habré de seguir impasible viéndola á usted circundada de los galanes que se disputan su conquista; la veré correr de baile en baile, de teatro en teatro y de fiesta en fiesta; mientras que yo... confundido entre la turba de sus esclavos... No!... mil veces no! Partiré de aquí, y el tiempo y la distancia me curarán de esta pasion loca!

ADEL. (Afectuosamente.) Loca! es decir que yo no soy digna de haberla inspirado?

CÁRLOS. Si tal; pero inspirarla sin compartirla, es mostrarse tan sólo ambiciosa de triunfos. Este deseo, marquesa, es el que la ha llevado á usted á lisonjearme, á seducirme.

ADEL. (Séria.) Cómo! Qué expresiones son esas? Seducir! Lisonjear! ¿He corrido yo acaso detrás de usted, ni de hombre ninguno, para decirle que me ame, que me haga la córte?—Todos son iguales! nos persiguen, nos asedian, nos atormentan, fulminándonos ojeadas ardientes, sonrisas amorosas, palabras azucaradas; se ciegan en su capricho; y si despues nos defendemos, nos llaman seductoras, coquetas...

CÁRLOS. Partiré, señora; me ausentaré; y esta vez será la última, lo juro. (Vá á marcharse.)

ADEL. (Con imperio.) Poco á poco.

CÁRLOS. (Deteniéndose.) Mándeme usted, señora?

ADEL. Sírvase usted aguardarme dos minutos. Aquí quieto. (Váse.)

ESCENA VI.

CÁRLOS, solo.

¿Qué será ello?—Sea lo que quiera, es preciso poner término á esta lucha y dejar de ser el ludibrio de mujer tan caprichosa. Nunca he podido llegar á comprender las contradicciones de su carácter... Y sin embargo... ¡Parece imposible! la amo con frenesí: me costará

un grande esfuerzo... (Paseándose de un lado á otro tropieza con el libro, le coge y lee.) «Máximas útiles para captarse »el amor de las mujeres.» ¡Disparate!—Poco aprovechan máximas!—¿Pero por qué andará rodando este libro?... Y le han arradando una hoja?... si será ésta? (Reparando en la bolilla de papel la desenvuelve.) Justamente. (Lee para sí.) Y aqui hay una nota marginal de letra de la marquesa. «El autor es un asno, un insolente.»—Qué rayo de luz! Cuando ella se ha irritado, prueba de que el autor habia puesto el dedo en la llaga... Estoy por probar á seguir las tales máximas. (Guarda la hoja y deja el libro en el suelo.) Será la última prueba.

ESCENA VII.

ADELAIDA y CÁRLOS.

ADEL. Conque ¿está usted resuelto á partir?

CÁRLOS. Irrevocablemente.

ADEL. Pues siendo así, tóme usted. (Presentándole un envoltorio.)

CÁRLOS. (Sin tomarlo.) Y qué es esto?

ADEL. Prenda que vuelve á poder de su dueño. Acaso recordará usted que un dia estabamos paseando juntos: el tiempo refrescó, yo no llevaba chal, y usted me echó cortésmente al cuello esta bufanda... y á veces me servia de recuerdo de tan obsequiosa atencion... Pero... ahora creo que debo devolverla.

CÁRLOS. (Con indiferencia.) No merecia tanto... Hice lo que cualquiera hubiera hecho en mi lugar... un deber de cortesia.

ADEL. Que hubiera usted usado con cualquiera...

CÁRLOS. Las damas tienen todas iguales derechos.

ADEL. (Sorprendida.) Iguales derechos!

CÁRLOS. Lo negará usted?

ADEL. Yo nó. (Picada.) Pues por eso devuelvo la alhaja.

CÁRLOS. ¡Qué disparate! Guárdesela usted, si puede servirle de algo.

ADEL. Á mí ¿para qué? Tómela usted digo, ó la tiro al suelo.

CÁRLOS. Tanto como tirarla nó. Venga. (Con sonrisa burlona.) Quizá vuelva á ser útil en ocasion semejante.

ADEL. Que usted sin duda buscará con ansia..

CÁRLOS. Buscar nó: pero en los viajes suceden aventuras...

ADEL. (Ap.) Este hombre se ha mudado como una veleta.

CÁRLOS. (Ap.) No puede disimular su despecho: bravísimo!

ADEL. (Ap.) Con qué aire fisgon me mira!

CÁRLOS. (Con afectada sumision.) Marquesa, la veo á usted algo alterada. ¿Habré tenido la desventura de incurrir en su desagrado?

ADEL. ?Por qué? (Con amarga ironia.) Nada de eso: vaya usted, corra, vuele..., en busca de esas aventuras galantes.

CÁRLOS. No sé como pueda usted echármelo en cara: habiéndome desechado, creo que recobro la mas completa libertad.

ADEL. Está bien: dejémoslo.

CÁRLOS. Dejémoslo... yo siempre obediente.—Réstame sólo besar á usted los pies, y decirla: Adios para siempre! (Conmovido.) ¡Ojalá logre usted algun dia la felicidad que yo no he acertado á procurarle. Adios! Señora. (Vá á salir.)

ADEL. Cárlos! (Sin poder contenerse.)

CÁRLOS. (Aparentando frescura.) Señora mia?

ADEL. (Le mira un instante, y luego dice resueltamente.) Nada! (Cárlos le hace una profunda reverencia y se vá.)

ESCENA VIII.

ADELAIDA, sola, adelantándose hácia la puerta.

Cárlos! (Pausa.) Qué es lo que hago? (Vuelve.) Llamarle yo! Despues que me ha desairado!—Pero... con qué dulzura me hablaba!—Qué profunda melancolia en sus últimas palabras!—Oh! sí, me ama con sinceridad. ¿Y no he de volver á verle? (Pausa.) Si alguien me oyera, me creeria enamorada. . Yo! y de quién? de un seño-

rito de provincia, que no habrá hecho más conquistas que las de cuatro palurdas: yo que no me he rendido á los mas famosos conquistadores de la córte!... Estupendo blason seria! Entonces, adios mi soberania: adios mi fama de reina! Entonces si que triunfaria la baronesa, que se atreve á apostar con Julio: si me viera rendida á un hacendadillo cordobés.—Vaya con Dios el señor don Cárlos y dé, si quiere, la vuelta al mundo!

ESCENA IX.

ROSA y ADELAIDA.

ROSA. Ay! señora, yo creo que don Cárlos se ha vuelto loco. (Recoge el libro que está en el suelo y le pone sobre cualquier mueble.)

ADEL. Cómo! Por qué?

ROSA. Si vuecencia le hubiera visto bajar! Yo estaba al pie de la escalera...

ADEL. Llevaba aire triste, eh?

ROSA. Qué tristeza!...

ADEL. Desesperacion! Los ojos arrasados en lágrimas.

ROSA. No, señora; si bajaba riéndose á carcajadas.

ADEL. Carcajadas!

ROSA. Vaya!—Y luego se me acercó y... yo que le tenia por un jóven tan comedido... y no, como otros, largo de manos.

ADEL. (Rabiosa.) Pero qué!... Ha alargado las manos?

ROSA. Mucho que sí, y me cogió la cara y me dijo... (Con coquetería.) Si supiera vuecencia lo que me dijo!...

ADEL. Qué? vamos, despacha.

ROSA. Pues me dijo, dice... Rosita, me han dado la cesantia, con que si quieres que te haga el amor...

ADEL. Indigno! Es decir que se estaba mofando de mí.

ROSA. Y luego añadió: «Si hay marquesas que quieren jugar conmigo, sepan que yo les doy quince y falta...»

ADEL. Está visto, se ha vuelto loco.

ROSA. Eso pensé yo: y luego dijo: dice...

ADEL. No quiero saber mas.

ROSA. Es que esta era la más negra.

ADEL. Vaya! qué?

ROSA. Dice: «bien me lo decian las muchachas, de por acá, ya las pagará usted todas juntas con esa marquesa de Madrid, con esa coqueta.»

ADEL. Coqueta yo! Qué saben las bachilleras, paletas, ordinarias?

ROSA. Dice: «Pero ahora verán que no soy ningun memo.»

ADEL. (Ap.) Qué insolencia!—Está visto, la pasion le ha trastornado el juicio!... pero si le dá la locura por desacreditarme... No hay remedio, es preciso que yo le vea, que le hable Y si no vuelve?

ESCENA X.

JULIO y DICHAS.

JULIO. Tia Adelaida! Por Dios, tia de mi corazon! La ocasion la pintan calva.

ADEL. ¿Qué sucede? No me vengas con tus locuras, que no está la Magdalena para tafetanes.

JULIO. Pero, tia, si no son tafetanes, si esto es mejor que raso, terciopelo, y tisú de oro. Fígurese usted que Sir Jorge viene cazando por estas cercanias, y si usted me lo permite, voy á hacerle que entre á descansar un rato. Entonces, usted le obliga á quedarse á comer; enviamos el coche á buscar á Miss Emma: usted habla al padre, yo hablo á la hija...; usted con su buena maña le persuade á él, yo acabo de persuadirla á ella... *e tutti contenti.* (Todo esto lo dirá con gran velocidad.)

ADEL. (Paseándose inquieta.) No me aturdas la cabeza, que no estoy ahora para pensar en tus amorios.

JULIO. (Ap. á Rosa.) Rosa ¿qué mala yerba habrá pisado mi tia?

ROSA. (Ap. á Julio.) Creo que se ha de haber peleado con don Cárlos.

JULIO. (Acercándose de un salto á su tia.) Y como don Cárlos esta cazando con el inglés, no habrá más remedio que convidarle tambien.

ADEL. Cárlos?—Rosa, vete á ver si me han traido el correo. (Váse Rosa.)

JULIO. Pues si: mi señor don Cárlos acompaña al inglés. Hace ya dias que no le deja á sol ni á sombra... Y hasta tengo yo acá mis sospechas... (Con resolucion.) Tia! con este súbdito necesita vuestra majestad mucha firmeza?

ADEL. (Precipitádamente y con calor.) Y no sabes que intenta rebelarse?

JULIO. (Id.) Ah traidor! Pues remacharle las cadenas.

ADEL. (Id.) Seria preciso traérmele aqui.

JULIO. (Id.) Eso corre de mi cuenta.

ADEL. Pues si lo consigues, te prometo hablar á Sir Jorge.

JULIO. Santa Potenciana! No ha de pasar una hora sin que le vea usted aqui á sus pies... vivo ó muerto!

ADEL. No, muerto no. (Váse corriendo.)

ESCENA XI.

ROSA y ADELAIDA.

ROSA. Aqui está el correo. (Entrando con un paquete de cartas.)

ADEL. Bien, pues vete ahora, y avísame con tiempo si alguien viene. (Váse Rosa.)

ESCENA XII.

ADELAIDA sola.

Veamos quien me escribe (Saca una carta.) Ah! Eduardito! el más empalagoso de los pollos que infestan á Madrid.—Gran polkista! Y desde que tradujo mal un folletin, para no sé qué periódico, ya dá en remedar

la jerga de moda (Lee.) «Hace dias que *vengo* escribien-»do á usted, y mis cartas pasan todas *desapercibidas.*» —Lo que es ortografia, Dios la dé: mejor escribe mi lavandera. (Arroja la carta y abre otra.) Oh! este es el banquero: personaje ilustre, con su gran cruz y sus millones: si no hubiese en el mundo quien le ha conocido vendiendo piezas de percal.—Y vuelta á la carga con sus proposiciones... siempre hablando de su fortuna!... Bien que ¿de qué ha de hablar quien tiene la *desgracia* de no tener más que *fortuna*! (Otra carta.) Ah! este es el nuevo diplomático, con un mes de congreso y otro de legacion; y ya escribe en frases ambiguas y misteriosas: la mitad en francés, por supuesto. (Sigue leyendo para sí.) Sí, sí; estás fresco! Si creerá este bausan que mi afecto se *negocia* como un tratado de límites ó de navegacion fluvial?—(Otra.) El vizconde: viene la carta apestando á ámbar para ocultar el olor á caballeriza.—No lo dije?—(Lee.) «Marquesita »mia: vengo en este momento del Hipódromo: ha cor-»rido mi Penélope, y no ha ganado el premio por sola »una cabeza de caballo.»—Y la tuya no puede compararse ni aun con la de tu Penélope.—Fuerza es confesar que hay pocas reinas que tengan tan prodigioso número como yo de súbditos estólidos.

ESCENA XIII.

ROSA y ADELAIDA.

ROSA. La señorita Emma pregunta si recibe vuecencia.

ADEL. Viene sola?

ROSA. Solita en su solo cabo.

ADEL. Que pase adelante. (Váse Rosa.) Me gustan estas costumbres inglesas; las jóvenes gozan de una honesta libertad de que nunca abusan, y si acaso es á su propia costa. Ya está aqui.—Le hablaré de Julio.

ESCENA XIV.

MISS EMMA, ADELAIDA, ROSA.

ADEL. (Saliéndole al encuentro) Emma querida! Cuánto agradezco esta visita. (Se besan.)

EMMA. Como papá es aqui cerca cazando, yo soy viniendo á gastar el tiempo con uisté.

ADEL. (Sonriéndose.) Muy bien pensado y lo estimo mucho. Rosa, toma este chal y este sombrero.

EMMA. (Dándoselo.) *Thank you* (1).

ADEL. Siéntese usted, hija mia.—Rosa?

ROSA. Señora?

ADEL. (Ap. á Rosa.) Dile al cocinero... (Lo demás en secreto. Rosa dá á entender que queda enterada y se vá.)

ESCENA XV.

ADELAIDA, EMMA.

ADEL. ¿Y sigue usted contenta por esta tierra?

EMMA. Oh! *yes*... Belio prospecto! Mucho herba; mucho agua; poco árboles. Gusto mucho ver pasar el carneros chiquitos que pasan baleando.

ADEL. Bailando, sí; *triscando* se dice.

EMMA. Oh! no; triscando es levantar sus piernas: yo digo *baleando*: como borrico rebusna.

ADEL. Ah! si, balando, dando balidos, en efecto.

EMMA. El gente rústico no gusto yo: dicen muchas palabras que no están á mi diccionario.

ADEL. (Riéndose.) No, ni el mio tampoco.—Qué graciosa es. (Le dá un beso.)

EMMA. Entonces, yo amo mucho lectura; mi padre ama cazando. Siempre divertidos: él mata sus libros, yo leo mis liebres... No, no, el contrario...

---

(1) Pronúnciese Zenkiú: significa, gracias!

ADEL. Sí, ya entiendo. De manera que no sentiria usted quedársenos por acá.

EMMA. Oh! no.

ADEL. Tengo entendido que sir Jorge queria comprar alguna hacienda en estos contornos.

EMMA. Hacienda sí; pero sin tornos, ¿qué son tornos?

ADEL. Los *contornos* son los alrededores.

EMMA. Oh! sí, oh! sí.

ADEL. (En tono afectuoso y confidencial.) El verdadero modo de fijarse entre nosotros seria... encontrar un buen marido.

EMMA. Oh! yes. Mi padre busca marido.

ADEL. Pero usted misma no ha echado por ahi el ojo á alguno?

EMMA. ¿Qué es esto, echar el ojo?

ADEL. Digo, si no ha hablado ya ese corazoncito.

EMMA. Boca habla, corazon no habla.

ADEL. Son modismos de la conversacion: me explicaré más claro.

EMMA. No, no explicar, bien comprendo. Já, já, já! (Se rie destempladamente y de pronto vuelve á su seriedad.)

ADEL. Ah!... bribonzuela! (Ap.) Hoy todos se burlan de mí, y saben más que yo.—Parece imposible!—Pues ya que nos entendemos, conteste usted á mi pregunta: ¿Hay algun dichoso preferido?

EMMA. Oh! creo sí hay dichoso.

ADEL. Hola! y quién sabe si se llamará... Julio?

EMMA. (Vuelve á reirse.) Oh! Julio muy mariposo.

ADEL. Pero el caso es fijarle! él tiene buen fondo, sentimientos nobles y... no es mal mozo.

EMMA. Oh! no mal mozo, no mal mozo. (Con mucha expresion.)

ADEL. De manera que si él se atreviese á plantear su pretension...

EMMA. (Con viveza.) Sí, sí, atreverse.

ADEL. Conque me autoriza usted á que yo hable á papá.

EMMA. Oh! sí, sí... yo autorizo... Cuándo?... Hoy? (Entusiasmada y tomándole la mano.)

ADEL. Sí, sí: procuraré que sea hoy mismo. (Ap.) Cáspita con las hijas del helado Támesis!

EMMA. Oh! mucho te amo á uisté. Un beso.

ADEL. Con toda el alma. (Se besan.) Tiene razon Julio: es encantadora!

ESCENA XVI.

JULIO y DICHAS.

JULIO. (Entrando precipitadamente.) Victoria! Victoria! (Se sorprende viendo á Emma y vá con aire jovial á darla la mano.) Oh! miss Emma!

EMMA. ¿Quién se llama aqui Victoria? Marquesa no.

JULIO. Es una doncella de mi tia.

EMMA. Ah! y usted llama gritando doncellas? Cabeza mala!

JULIO. Muchas gracias! Tia, le traigo á usted una buena noticia. Sir Jorge y Belmonte llegarán al instante: en cuanto alcancen una codorniz que se les levantó fuera de tiro.

EMMA. Y por qué no andar usted tambien sobre la codorniz?

JULIO. El corazon me decia que encontraria aqui otra caza mejor.

EMMA. (Riendo.) Entonces estamos tambien animales. Já, já, já!

ADEL. En verdad, Julio, que el cumplido no es muy exquisito.

JULIO. Perdone usted mi aturdimiento, miss Emma: ha sido tal mi emocion al encontrármela á usted en este sitio.

EMMA. *Thank you*! (Oyese un tiro muy cerca. Julio se estremece ridículamente y se cae sobre una silla. Adelaida asustada lanza un grito; solamente miss Emma permanece impasible.)

ESCENA XVII.

SIR JORGE en traje de caza, CÁRLOS y DICHOS.

JORGE. (Oyendo el grito de Adelaida.) Estais asustados? Já! já! já! Cazadores siempre se anuncian en esto modo.

ADEL. Pero, sir Jorge, hay para asustar á cualquiera? Ha disparado usted en la antesala?

JORGE. Oh! no: esto bruto cazador mio sacó el tiro por escalera al ventana. ¿Cómo está, marquesa, belia seniora? (Sacudiéndola la mano fuertemente.)

ADEL. Muy bien: gracias. ¿Han cazado ustedes mucho?

JORGE. Oh! no: poquito poquito. Este muy famoso cazador. (Dándole á Cárlos fuertes palmadas en el hombro.) Ha matado mucho bien un volando codorniz.

CARLOS. Tiramos á un tiempo y yo creo que usted fué el que...

JORGE. Oh! no, no, no, no. Yo entiendo bien esto. En ala izquierda era una pluma rota: esto costado de uisté.— Mi era mucho jácia la cola.—Senior Belmonte bueno cazador; esto jóveno malo cazador. Pum! pum! prestamente... mala regla.

JULIO. (Ap.) Ya me dió á mí la estocada.

ADEL. En efecto, mi sobrino se lamentaba poco ha de no saber contener su impaciencia; y decía que si pudiera tenerle á usted algun tiempo por maestro...

JORGE. Oh! sí: esto mucho posible.

ADEL. (Con intencion.) De la habilidad del caballero Belmonte no me maravillo, porque sabe acertar en todo.

CÁRLOS. (Id.) Y sin embargo, las mejores se me escapan. (Qué amable! Habrá empezado á obrar la receta?) (Ap.)

JORGE. Espero, Sir Jorge, que será usted nuestro todo el dia. En el parque de esta quinta y en el bosque contiguo no faltan liebres y alguna que otra caza. Y entre tanto que ustedes se divierten con la escopeta, miss Emma tendrá la bondad de darme un buen rato tocando el piano.

JORGE. Oh! bueno! *Thank you*: si hay estos liebres, yo estoy

allá y no queda uno vivo.

ADEL. Y á la vuelta hablaremos de cierto asunto muy serio.

JORGE. Oh! no, no, no, con senioras bonitos yo nunca serios asuntos. Já, já, já. (Dando grandes risotadas.)

ADEL. Me lisonjeo tambien de que el señor don Cárlos nos favorecerá con su amable compañia. Y si mis súplicas no bastasen, echaremos por empeño á su compañero de caceria. (Con gracia.)

CÁRLOS. ¿Cómo podria yo rehusar el ser tan favorecido?

JORGE. Oh! si: este buen amigo quedará aqui: y él sí conmigo asunto sério, que yo quiero hablar á esto senior Cárlos.—Uisté, marquesa, conoce esto cotage.

ADEL. Cómo cotage?

EMMA. Allow papá!

JORGE. Oh! no cotage, no: esto *cuarta* á la falda de la sierra.

EMMA. Quinta, quinta, papá; no *cuarta*.

JORGE. Oh! pardon, si: uisté conoce esto quinta de esto senior?

ADEL. Mucho que sí: es una posesion deliciosa: yo pasaria en ella la vida entera. (Con intencion.)

CÁRLOS. (Ap. y satisfecho.) Qué mudanza!

JORGE. Este senior terco que terco no quiere vender mí: oh! si venderia, yo tengo aqui un magnificente propósito!—(Señalándose á la frente.) Escuchia aqui aparte, seniora. (Llevando á Adelaida hácia la izquierda.)

ADEL. Perdone usted un momento.—Julio?

JULIO. Tia?

(Mientras la Marquesa habla aparte con Julio, Cárlos á la derecha dá conversacion á Emma, la cual se mostrará muy complaciente y durante toda la escena, dará de cuando en cuando algunas risotadas y dirá con frecuencia «Yes, Oh! Yes.»—Julio y Adelaida á su tiempo mostrarán curiosidad recelosa de aquella conversacion, que se supone en inglés.)

ADEL. Oye.

JULIO. (Volviéndose á mirar á don Cárlos.) Amigo, excelente ocasion de ejercitarse en el inglés!

ÁRLOS. Buena falta me hace. (Sin mirarle.)

JORGE. Oh! este senior jabla inglés mucho afluentemente.

ADEL. Pero, Julio, no me escuchas?

JULIO. Ya, ya estoy enterado: voy y vuelvo al instante. (Al salir vá rodeando para pasar cerca de Emma, á tiempo que esta dice «Yes, Yes!»—Julio dice aparte remedándola:)

JULIO. «Yes, Yes». ¡Qué yesera está hoy la señorita! (Váse.)

ESCENA XVIII.

SIR JORGE y ADELAIDA á la izquierda, CÁRLOS y EMMA á la derecha.

JORGE. Sienta aqui. (Obliga á Adelaida á sentarse de modo que dé la espalda al otro grupo: ella de cuando en cuando vuelve la cabeza y dá señales de impaciencia.) Yo, seniora marquesa, si miss Emma jaliara aqui uno bueno marido, y yo compro esto quinta del senior Belmonte...

EMMA. Já, já, já! (Adelaida se vuelve á mirar.)

JORGE. Uisté seniora no atiende á mí?

ADEL. Sí, sí que atiendo. (Ap.) Traidor!

JORGE. Si yo compro esto quinta...

EMMA. Oh! yes...

ADEL. (Ap.) Miren la coquetuela!

CÁRLOS. Esto no acierto yo á expresarlo bien en inglés.

EMMA. Oh! sí: uisté acierta todo, como dice la marquesa.

ADEL. (Con viveza.) Quién me llama?

JORGE. (Obligándole á mirarle.) Atiende, seniora.

ESCENA XIX.

JULIO y DICHOS.

JULIO. Pues, señor, me gusta el cuadro! (Coloca en medio del proscenio una silla de espaldas y se monta en ella dando frente al público.) Esto es lo que se llama estar uno de non. Oiga usted, Cárlos: ¿Cómo se dice en inglés «me divierto como hay viñas?»

EMMA. (Sin hacerle caso.) Já, já, já. (Adelaida impaciente tira el aba-

nico al suelo como para obligar á Cárlos á recogerle; este no lo vé, pero Julio le toma y vá á presentársele á su tia, que le recibe con enfado, y dice)

ADEL. Torpe!

JULIO. (Hablando muy alto.) Tia, ya está puesta la mesa en el salon de la caza.

JORGE. Un salon de caza tiene seniora?

ADEL. (Levantándose y todos hacen lo mismo.) Los antepasados de mi marido fueron todos de padres á hijos grandes cazadores.

JORGE. Oh! entonces, por Nemrod! todos gente buena, grande *gentlemen* (1). Mehor que aquelio grandi de Spania que nunca tira un tiro, y enseña el chiquitos pantorrilias en la córte.

ADEL. Allí verá usted una curiosa coleccion de armas y de arneses, con varios trofeos de caza: y de paso probaremos un *roast-beef* (2) á la inglesa; y beberemos una copa de vino de Constanza, á la buena memoria de los cazadores que fundaron esta casa de campo.

JORGE. (Entusiasmado.) Oh! delisious! Huurrah por estos bravos cabalieros! (Sale Rosa.)

ROSA. Cuando vuecencia guste está servido el almuerzo.

ADEL. Julio, ofrece á miss Emma el brazo y adelántate para hacernos los honores del salon de la caza.

JULIO. Si usted me concede esta gracia, señorita?

EMMA. (Con agrado) *Thank you*! (Vánse los dos agarrados del brazo.)

ADEL. Sir Jorge, sígalos usted mientras yo doy algunas órdenes.

JORGE. Perfectamente: vámonos, bueno compañero. (Queriendo tomar el brazo de Cárlos.)

ADEL. (Deteniendo á éste.) Un momento, Belmonte. (Váse Sir Jorge.) Rosa, tráeme un chal. (Ap.) y no vuelvas hasta que yo te llame.

ROSA. (Ap. al irse.) Entiendo! siempre el mismo papel.

---

(1) Pronúnciese yent' lmen.

(2) Pr. Roustbiif.

ESCENA XX.

ADELAIDA y CÁRLOS.

ADEL. (Con aire sensible.) Cárlos, solos estamos. Respóndame usted... ¿por qué burlarse de mí de este modo?

CÁRLOS. (Con frialdad cortés.) Soy incapaz de semejante cosa; pero aunque eso fuese cierto, no habria sido más que la pena del talion.

ADEL. Está usted engañado... Yo le estimaba á usted... yo... le...

CÁRLOS. (Con fuego.) Acabe usted.

ADEL. Yo le... apreciaba á usted sinceramente.

CÁRLOS. (Con calma.) Aprecio y no más?

ADEL. ¿Qué más puede esperarse de una mujer honesta? (Afectuosa.)

CÁRLOS. Una cosa honestísima... amor de esposa, que es lo que yo apetezco.

ADEL. No sabe usted hablar más que de matrimonio! Yo sé lo que es! y cuánto cuesta el perder la libertad!

CÁRLOS. Yo no sé lo que es, y deseo saberlo: asi como estoy seguro de que los que amándose se casan, no pierden aquella libertad decorosa á que únicamente aspiran el hombre de bien y la mujer honrada.

ADEL. Deme usted tiempo y me decidiré.

CÁRLOS. Cuánto?

ADEL. Siete ú ocho meses.

CÁRLOS. Friolera! Y entre tanto?...

ADEL. Seremos buenos amigos, como siempre.

CÁRLOS. Va á concluir la temporada de verano, y pronto volverá usted á Madrid.

ADEL. ¿Qué he de hacer?

CÁRLOS. Á ostentar en saraos y teatros ese orgulloso cetro de reina de la moda?

ADEL. Donosa pregunta! Pues he de encerrarme en un convento?

CÁRLOS. Y se atreveria usted á prometerme que yo fuese su único acompañante?

ADEL. Eso nó, seria desairar á otros, y... en mi posicion es imposible. Mi casa es quizá la primera, la más concurrida de la córte; es ya para mí como una especie de necesidad creada el recibir, el...

CÁRLOS. Sí, creada por la vanidad y el capricho! (Con frio desden.) Pues bien, señora, dé usted pábulo á esa ambicion... y doblemos la hoja.

ADEL. ¿Y asi con esa frescura ..

CÁRLOS. He jurado no acalorarme.

ADEL. Y decia este hombre que me amaba!

CÁRLOS. Pero este hombre no volverá á decirlo.

ADEL. (Con aire seductor.) ¿Y tendrá usted corazon para ausentarse y abandonarme?

CÁRLOS. En eso he mudado de parecer. Tambien yo me voy á la córte á frecuentar fiestas, teatros, bailes y tertulias.

ADEL. Bien, bien: y algun dia ya sabe usted que puede ocupar un asiento en mi carretela.

CÁRLOS. Eso es, guardando mi turno con los demás esclavos, hasta que me marquen con un número los maldicientes del Prado y de la Fuente Castellana. Gracias, pero no acepto.

ADEL. Qué desaire!

CÁRLOS. Además de que no quiero dar una idea falsa á las otras damas.

ADEL. (Con enojo.) Qué damas? Ni qué tienen que ver...

CÁRLOS. Señora, como hago ánimo de casarme, quiero mostrarme por do quiera libre de todo lazo y compromiso.

ADEL. Y para hacer boca ha empezado usted por requebrar á mi doncella?

CÁRLOS. Ya vino con sus bachillerias? Una broma! Un capricho!

ADEL. Caprichos y bromas de cadete, un señor que se hacia tanto el sério!

CÁRLOS. Piense usted lo que quiera de mí, me es indiferente.

ADEL. Pero ¿no sabe usted que en Córdoba, en Sevilla..., cuantas personas me conocen han esparcido la voz de

que voy á hacerle á usted dueño de mi mano?

CÁRLOS. Hágalo usted pronto, y entonces á mucha honra.

ADEL. Yo no me dejo imponer leyes; ni tampoco quiero ser la fábula de las gentes.

CÁRLOS. Por eso no hay cuidado: yo me esmeraré en convencer á todo el mundo de que ni hay ni ha habido nunca nada entre nosotros; galantearé á todas las mujeres hallándose usted presente y...

ADEL. Habráse visto mayor descaro! En mi presencia! Esto ya pasa de raya! Le advierto á usted que no lo consiento, que no quiero.

CÁRLOS. (Ap.) Oh! bendita hoja arrancada de aquel bendito libro!

ADEL. Y en Madrid me acompañará usted y me dará el brazo cuando yo se lo exija.

CÁRLOS. (Imperturbable.) Decídase usted á ser mia y lo haré.

ADEL. Pues no me decido; y sin embargo lo hará usted.

CÁRLOS. No haré tal.

ADEL. (Muy conmovida.) Si lo hará usted, porque, yo...

CÁRLOS. Qué cosa? (Creyendo que va á decirle *le amo.*)

ADEL. (Con arrogancia.) Porque yo... asi lo quiero.

ESCENA XXI.

JULIO y DICHOS, despues ROSA.

JULIO. (Apresurado.) Pero, tia! que estamos todos esperando.

ADEL. Tienes razon... Esta muchacha... Rosa, Rosa... No viene ese chal?

ROSA. (Saliendo.) Aqui está.

ADEL. Qué dirán de mí?—Venga el brazo. (Á Cárlos con tono de autoridad.)

CÁRLOS. Con mil amores. (Se lo dá.)

ADEL. No olvide usted que es una mujer la que le dice: «Esto ha de ser.»

CÁRLOS. Advierta usted que es un hombre el que responde: No será. (Vánse los dos altercando.)

JULIO. (Á Rosa, en tono dramático.)

Querida Rosa, muy mal vá la cosa.
La cosa vá muy mal, querida Rosa.
Vislumbro que en el reino de mi tía
se nos ha introducido la anarquia.

(Váse corriendo.)

ROSA. No le faltaba más al señorito que hablar en coplas para parecer loco!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primero.

ESCENA PRIMERA.

ADELAIDA sola.

Yo estoy aturdida! aquel hombre que no sabia hablarme más que de su amor, me trata ahora con una indiferencia!... y haciendo la rueda á miss Emma... Pero ya se vé, él lo hace por darme en ojos. ¿Qué quiere este hombre? ¿Romper enteramente? Pues rompamos.

ESCENA II.

JUILO y ADELAIDA.

JULIO. Tia, una palabra.

ADEL. Mira, sobrino, déjame por Dios en paz.

JULIO. Nos ha abandonado usted tan de repente...

ADEL. Tengo una jaqueca horrible.

JULIO. Y yo que estaba esperando que hablase usted á Sir Jorge!

ADEL. Ahora no puedo: te repito que me duele mucho la cabeza.

JULIO. ¿Quiere usted que le traiga el vinagrillo?

ADEL. Quiero que me dejes.

JULIO. Me voy. (Vá y vuelve.) Y el caso es que si tomase usted un poco el aire... Sir Jorge está ahí en el jardin: si usted bajase, la jaqueca se aliviaria, y de paso ..

ADEL. Sir Jorge no está ahí, que le he visto yo salir con los perros hácia el parque.

JULIO. Perdone usted, tia, pero yo le he visto volverse atrás á llamar á Cárlos.—Ya, ya; parece que no se halla sin él.—Tia, si usted me quiere, no perdamos tiempo...

ADEL. Sobrino ¿sabes que eres como un plomo?

JULIO. Tenga usted lástima, tia! Ya sabe usted que cuando el amor le coge á uno...

ADEL. Mira, no me hables de amor... Me horripila esa palabra... Vete.

JULIO. (Con resignacion cómica.) Me voy. (Vá y vuelve.) Tia, ya que usted se empeña en no bajar ¿quiere usted que le diga yo á Sir Jorge de su parte que suba?

ADEL. (Sofocada.) Ay, hijo! no hay quien te aguante! anda, llámale, y acabemos.

JULIO. Tia?

ADEL. Otra?

JULIO. (Con zalameria.) No se enfade usted, pero tengo acá una duda.

ADEL. Qué? Vamos.

JULIO. Me temo que los dos estamos picados de la misma víbora.

ADEL. Qué quieres decir?

JULIO. Vaya... no está usted tambien enamorada?

ADEL. Já, já, já! (Con risa forzada.) Yo! y de quién?

JLLIO. De quién?... (Viendo venir á Cárlos.) Del ruin de Roma, que cuando le nombran asoma.

ADEL. Pues mira, tú y él podeis iros muy en-hora-mala. (Váse con mucho enfado.)

ESCENA III.

CÁRLOS y JULIO.

CÁRLOS. Qué es eso, Julio, qué tiene la tia? Me ha parecido que se iba encolerizada?

JULIO. No ha oido usted sus últimas palabras?

CÁRLOS. No. (Fingiendo ingenuidad.)

JULIO. (Ap.) Lo siento mucho.

CÁRLOS. Conque, podremos saber?...

JULIO. Esa pregunta más bien podria yo hacérsela á usted.

CÁRLOS. Á mí? Pues yo qué puedo saber de eso?

JULIO. (Ap.) Este es un pillo muy largo.

CÁRLOS. Oiga usted, Julio. Sir Jorge quiere que salga yo con él en busca de una liebre... su hija se queda allí sola en el piano ¿por qué no vá usted á hacerla compañia? Es una jóven de mérito capaz de hacer feliz á un esposo. No es asi? (Con intencion.)

JULIO. (Ap.) El amigo quiere echarme la sonda, ¿qué fin se llevará?

CÁRLOS. Está usted distraido.

JULIO. Ah! no... Perdone usted.—Estaba reflexionando que en efecto, miss Emma es un buen partido.

CÁRLOS. Excelente: y sobre el cual... tal vez habrá usted ya formado sus proyectos?

JULIO. (Ap.) Estos interrogatorios inquisitoriales me estomagan.

CÁRLOS. Vaya, por lo visto, hoy está usted mudo.

JULIO. No: iba á decir que por ahora no pienso en casarme, soy demasiado jóven.

CÁRLOS. Muy bien hecho. La libertad es gran cosa, amigo: conviene no perderla sino lo mas tarde posible. Me alegro de conocer á fondo las intenciones de usted en este punto.

JULIO. (Ap.) No me dá esto buena espina.

CÁRLOS. (Ap.) (Se turba? Bueno! no podrá contenerse en ir á contarle á su tia sus sospechas, y de aqui brotará la

crisis.)—Pero aunque no tenga usted proyectos amorosos con la inglesita, me parece que no está bien dejarla allí sola.

JULIO. Si, es verdad: voy á darle conversacion.—Y á propósito, ya que usted vá á buscar al padre, ¿quiere usted hacerme un favor?

CÁRLOS. Con mucho gusto.

JULIO. Pues dígale usted á Sir Jorge que mi tia desea hablarle.

CÁRLOS. Está bien. (Va á marcharse.)

JULIO. (Deteniéndole.) Ah! Cárlos, mire usted.—Conviene decírselo como si mi tia misma le hubiese dado á usted el recado, eh? No vaya á figurarse...

CÁRLOS. (Sonriéndose.) Bien, bien; asi lo haré.

JULIO. (Ap.) Mejor es esto.

CÁRLOS. (Ap.) Pobre Julio! qué inocente! (Váse.)

ESCENA IV.

JULIO y despues ADELAIDA.

JULIO. (Despues de cerciorarse de que Cárlos se ha marchado, llama á la puerta del cuarto de Adelaida.)

JULIO. Tia?

ADEL. Estás solo?

JULIO. Ya se fué... (Sale Adelaida.) y tengo que hablarle á usted de lo que sospecho del tal don Carlitos.

ADEL. Y qué cosa?

JULIO. Nada, tia; que con ese teje-maneje, y ese andar jugando á tira y afloja, Cárlos se ha llegado á fastidiar y...

ADEL. Sigue.

JULIO. Y se me figura que ya no piensa en usted.

ADEL. ¿Qué sabes tú, pobrete? Tal vez, si yo quisiera,... ahora mismo...

JULIO. Jm! Qué sé yo. Muy alta idea tenia yo del prestigio de usted; pero empiezo á dudar... Tia, este súbdito se rie de vuestra majestad.

ADEL. Estás disparatando.

JULIO. Acaba de decirme ciertas cosas!... En fin, hablando en plata, se me figura que ha vuelto la punteria hácia la inglesita.

ADEL. Qué? qué es eso? (Hablan los dos con calor y apresuradamente.)

JULIO. No puedo jurarlo, pero ciertas expresiones... Y luego, ¿no ha oido usted qué piropos le ha estado echando antes?

ADEL. Como que no soy sorda. (Con enfado.)

JULIO. Ese hombre, que ya no iba nunca á caza..., que no dejaba la ida por la venida...

ADEL. Que parecia mi sombra...

JULIO. Ahora ya no viene por casa, y vuelve á hacerse cazador, por llevarle el genio á Sir Jorge: y hasta se toma la libertad de matar las codornices al vuelo... Y todo con segunda intencion.

ADEL. Y además, que ha cambiado repentinamente.

JULIO. Qué! si no parece el mismo!

ADEL. Ya se ve que no... Y si hubieras oido qué cosas me ha dicho tan impertinentes!

JULIO. Y vuestra majestad, señora reina, se deja insultar asi de los súbditos?

ADEL. No vayas á creer que eran insultos, no. En fin, queria casarse conmigo, .. asi..., de sopeton.

JULIO. De sopeton! Qué atrevimiento!... vea usted, de sopeton! —Y ahora es capaz de emprenderla con miss Emma.

ADEL. Qué dices?

JULIO. Y tambien de sopeton, lo que usted oye —¿Tia, quiere usted seguir mi consejo?

ADEL. Cuál?

JULIO. Quiere usted vengarse?

ADEL. Si.

JULIO. Pues pídale usted á Sir Jorge para mí la mano de su hija, y se queda el amiguito con un palmo de narices. Pero habia de ser al instante.

ADEL. (Sonriéndose.) De sopeton?

JULIO. ¿Es esto cosa de risa?

ADEL. No, no lo tomo yo á risa: hablaré al instante á Sir Jorge, porque me interesa mucho tu felicidad.

JULIO. (Con malicia.) La mia, eh? Vuestra majestad es sumamente bondadosa... pero se me figura que aqui entra tambien un poquirritillo de la felicidad de su real persona.

ADEL. No lo creas: lo que hay... es que lo hago ya por puntillo... ¿estás? de pura rabia.

JULIO. Pues cuidado, tia! porque la rabia y el puntillo son dos ingredientes de esa venenosa pócima que llaman... amor.

ADEL. Déjate de eso, y vamos al grano.—Ya le he indicado algo á Sir Jorge. Le dije esta mañana que pronto llamaria su atencion sobre un jóven cuya suerte está en su mano.—Por eso te encargué que fueses á suplicarle...

JULIO. Dentro de pocos momentos estará aqui.

ADEL. Pues, ó yo he de poder poco, ó Emma será tuya.

JULIO. Ahí viene, tia. Le dejo á usted con él, y yo me voy á dar conversacion á la muchacha; á ver si entra usted pronto por allá con una buena noticia. (Váse.)

ESCENA V.

ADELAIDA, y despues SIR JORGE.

ADEL. Empecemos por lisonjearle un poco sus manias. (Sale á su encuentro.) ¿Me perdonará usted, Sir Jorge, que le distraiga por un momento de su ocupacion favorita?

JORGE. Oh! nada, nada:—Esto quinta es soberbia! Yo hago á uisté mis cumplimientos... Grande parco! Grande bosco! Esto merecia bien ser en Inglatera.

ADEL. Es que mi marido arregló esta posesion á los diseños que trajo de Lóndres. Era entusiasta admirador de aquella magnífica capital.

JORGE. Oh! yes! London primero villa del mundo!

ADEL. ¡Cuánto deseo verla! Bien que yo tengo muchas simpatias por la gran nacion inglesa.

JORGE. (Entusiasmado) Ooh! sí.—Hombre inglés, hombre bueno, é hombre fuerte! Uisté seniora, por qué no viene con mí á Inglaterra?—(Ap.) Mucho jermosa mujer!

ADEL. (Ap.) Qué ojos me echa!—En Inglaterra fué donde mi marido se hizo un gran cazador.

JORGE. Yo amaba mucho esto marido si estaba vivo; (Haciéndose el amable.) pero amo mucho mehor que él es muerto. (Acerca más su silla.)

ADEL. ¿Se reiria usted si le dijera una cosa? Que me alegraria de ser hombre para ir á cazar con usted.

JORGE. (Entusiasmado.) Oh! *never mind* (1), uisté, seniora, viene, asi mujer, con mí cazando.

ADEL. Alguna vez... (Con zalameria.) (me da vergüenza de decirlo!...) he cogido la escopeta de Julio para tirar á los pajarillos... ayer mismo maté uno al vuelo.

JORGE. Oh! Brava! al volo!... uisté mata todo lo que quiere al volo!... Corazones tambien mata al volo.

ADEL. (Ap.) Adios, que se me encandila tambien el inglesote. Recogeremos velas.

JORGE. (Ap.) Si miss Emma casa aqui, yo tambien podia casar con esta jermosa mujer.

ADEL. ¿En qué está usted pensando?

JORGE. (Ap) Pero elia gosta muchio esto senior Cárlos! yo veo esto claro... no, no, no, no.

ADEL. No me responde usted?

JORGE. Primeramente, vamos á esto asunto sério que uisté queria...

ADEL. Ah! sí... ¿Recibió usted mi embajada?

JORGE. Sí, recibí; y aqui estoy á sus órdenes.

ADEL. ¿Y qué le parece á usted de ese jóven?

JORGE. Esto jóven que ha llevado á mí la embasada?

ADEL. Del mismo.

---

(1) No importa: pronúnciese «nevar main» con la r muy suave.

JORGE. Bueno jóven: yo gosto mucho; pero... él espanta caza que yo quiero cazar para mí. (Con intencion.)

ADEL. (Riéndose y creyendo que alude á Julio.) Pobrecillo! Pero si él espanta la caza, mejor para usted, que tendrá toda la gloria de acertar, y podrá darle buenas lecciones con su ejemplo.

JORGE. (Entusiasmado creyendo que Adelaida habla con doble sentido.) Ooh! delisious! já! já! já!

ADEL. (Resuelta.) En fin, para no andarnos por las ramas; usted ya conoce al muchacho. De su clase y familia creo que nada hay que decir; él tiene talento y buena índole y un caudalito muy decente. ¿Qué diria usted, pues, si yo le pidiese para él la mano de miss Emma?

JORGE. (Ap. y muy gozoso.) (Entónces no es cierto que esto marquesa gosta senior Cárlos. Bravo!)—Yo soy mucho sorprendido, y mucho contento; yo pensaba tambien muchas veces esto plan, pero era temiendo que uisté...

ADEL. Que yo me opusiera? al contrario, lo que deseo es verle feliz, y como sé que está muy enamorado de miss Emma.

JORGE. Yo mucho eqüívoco en este asunto. Diré todo á mi hija.

ADEL. Y crea usted que no le repugnará, porque ella tambien... (Señalando al corazon.)

JORGE. Verdaderamente? Oh! yo mucho eqüívoco tambien en esta parte.

ADEL. Pues á mí no se me ha escapado.

JORGE. (Haciéndose el galan.) Uisté penetrante é astuta: mucho talento é mucho jermosa, todo junto. (Con aire resuelto y acercando su silla brúscamente.) Escucha, seniora: mi hija casando, yo soy quedando solo. Cosa triste, ser solo!

ADEL. (Qué es esto? ¿Á que me espeta una declaracion?)

JORGE. Yo no soy más un jóven: mas soy hombre rico, hombre sano, forte..., (Poniéndose muy erguido.) robusto... mucho robusto.—Seniora, ¿quiere venir uisté con mí en Lóndres?

ADEL. (Riéndose.) ¿Pero qué tiene que ver Lóndres con la robustez?

JORGE. Claro... claro. (Poniéndose de pie y golpeándose el pecho con ambas manos.) Seniora, quiere ser uisté mi mujer?

ADEL. (Ap.) (Ay Dios! si le desairo secamente..., pobre Julio!

JORGE. No responde? Dí si, y se haran dos matrimonios.

ADEL. Sir Jorge; esa proposicion me sorprende por lo mismo que me honra sobre-manera: pero... ciertas circunstancias.. personales... me retraen de casarme..., por ahora. De aqui á algun tiempo...

JORGE. Yo aguardaré su buen tiempo.

ADEL. Pero entre tanto no retardemos la felicidad de esos dos jóvenes.—Vaya, me permite usted que entre á dar la buena noticia á miss Emma?

JORGE. Bueno.—Sí.—Yo en mi parte daré tambien noticia al amigo.

ADEL. Gracias, gracias. (Se despiden dándose las manos.) Por esta vez se llevó chasco mi señor don Cárlos. (Ap.)

ESCENA VI.

SIR JORGE y despues CÁRLOS.

JORGE. Yo esperaré mucho voluntariamente esto marquesa.—Jermosa mujer!

CÁRLOS. (Saliendo) Sir Jorge..., una buena noticia le traigo á usted.

JORGE. Otra noticia mucho mehor buena á uisté yo.

CÁRLOS. El labrador que tanto se resistió á vender aquel hermoso cachorro perdiguero, está abajo con él, y dice que le dará si en el acto se le pagan cuatrocientos reales.

JORGE. *Four pounds* (1), esto es un friolero: aliá voy galopando antes que esto rústico haga arrepentimiento. (Quiere irse.)

---

(1) Fóor páuns.—Cuatro libras esterlinas.

CÁRLOS. (Deteniéndole.) Pero ¿y esa buena noticia que iba usted á darme?

JORGE. Es verdad.—Uisté mucho enamorado y yo nada sabia. —Marquesa confesó todo.—Yo soy contento... (Tomándole la mano y sacudiéndosela fuertemente.) de vuestra felicidad.

CÁRLOS. (Atónito.) ¿Ella... se ha declarado á usted?

JORGE. Todo.—Vuestro matrimonio se jará pronto.

CÁRLOS. Al fin logré...

JORGE. Yo otro propósito aqui en mi cráneo. (En tono confidencial y misterioso.) Cuando mi hija será despachada, yo tambien tomaré mucho guapo y jermosa mujer. Já! já! já! (Tomándole la mano y sacudiéndosela.)

CÁRLOS. Bravo! Sir Jorge, le doy á usted la enhorabuena.

JORGE. *Thank you.*—Voy escapando á agarrarme con esto Cachorro. (Váse.)

ESCENA VII.

CÁRLOS solo.

Al fin se decide Adelaida á aceptar mi mano! ¿Con que me amaba y... ¡Pero qué extravagancia el hacérmelo saber por tercera persona!... En fin, yo la curaré cuando sea mia.

ESCENA VIII.

ADELAIDA, JULIO, EMMA, CÁRLOS.

JULIO. (Ap. á su tia.) Aqui está: va á quedarse estupefacto.

ADEL. (Ap. á Julio.) (Eso queria yo.) Cárlos, tengo el gusto de ser la primera que presente á usted estos dos novios, miss Emma y mi sobrino Julio.

CÁRLOS. Cómo! Julio se casa con esta señorita?

JULIO. Si usted no manda otra cosa.

EMMA. Papá es contento, yo soy contenta.

ADEL. (Con intencion.) Y yo contentísima.

JULIO. Pues, lo que yo decia: *tutti contenti.*

ADEL. Yo estoy muy ufana de haber arreglado esta boda, porque me interesaba mucho que se hiciera.

CÁRLOS. (Con sinceridad.) Y yo le doy á usted y á los esposos la más cordial enhorabuena.

JULIO. (Ap.) (Otra te queda.)

ADEL. (Ap.) No hay quien entienda á este hombre. Pero acaso finge.

CÁRLOS. Lo que no comprendo, Julio, es que cuando le hablé á usted de esto hace poco, me lo negase rotundamente! ¿Dudaba usted de que yo tomase parte en la felicidad de un amigo querido, y de una señorita á quien tanto aprecio? Mal me conoce usted; y le repito que me congratulo cordialísimamente.

ADEL. Pero ¿de veras... de veras?

CÁRLOS. Ya me parece que comprendo la malicia de la pregunta. Acaso habrá sospechado en mí Julio miras contrarias á su proyecto. Desengáñese mi buen amigo... Y usted, señora, crea que los sentimientos de mi corazon no cambian tan fácilmente. (Con expresion.) Lo que Sir Jorge acaba de decirme, basta para que se cumplan mis más ardientes deseos.

JULIO. (Ap.) Tia, no entiendo esta jerga.

ADEL. (Ap.) Vete allá fuera y llévate á Emma.

JULIO. Emma querida, ¿no gustaria usted de dar un paseo por el jardin? Buscaremos á papá, y le hablaremos...

EMMA. Con mucho gusto.—¿Permite, señora...

ADEL. Si, hija mia, que ustedes tendrán ahora mucho que hablar.

ESCENA IX.

ADELAIDA, CÁRLOS.

ADEL. (Irónicamente.) Y ya que estamos solos ¿tendria usted la bondad de explicarme el motivo de su gran satisfaccion,

para tomar parte yo tambien en ella?

CÁRLOS. (Ap.) Qué fin se llevará en seguir disimulando?)

ADEL. Con que...

CÁRLOS. Por Dios, querida Adelaida: dejemos ya un fingimiento que tan malos ratos me ha costado.

ADEL. Qué fingimiento? Si usted no se explica...

CÁRLOS. Todavia quiere usted amargarme la buena nueva que me ha dado Sir Jorge?

ADEL. Pero qué le ha dicho á usted? Sepamos.

CÁRLOS. (Ap.) (No perdamos la paciencia.) Me habló de las proyectadas bodas...

ADEL. De la de su hija.

CÁRLOS. Ciertamente: pero me refirió tambien... las benévolas intenciones de usted.

ADEL. Mias?

CÁRLOS. (Impaciente.) Pero á qué obstinarse asi en disimular si digo que lo sé todo?

ADEL. (Ap.) ¿Á que le ha ido contando el otro que me ha ofrecido su mano, y que yo...

CÁRLOS. Veo en ese rostro que al fin nos entendemos: pero, Adelaida ¿á qué cuento venia el decírmelo por tercera persona? ¿no merecia yo el oirlo de los labios de usted?

ADEL. (Con amargura.) Y de tal asunto me habla usted con tan plácida sonrisa?

CÁRLOS. Eso es bueno! ¿Pues he de echarme á llorar?

ADEL. Quítese usted de mi presencia, mal caballero, y no vuelva á provocarme.

CÁRLOS. Pero señora! ¿Qué motivo?...

ADEL. Hombre falso... aleve!... Hacer de mí semejante escarnio! Ese desprecio!...

CÁRLOS. Oh! esto ya pasa de raya! Si yo, señora, he mostrado... no desprecio, sino cierta indiferencia, fué por probar con usted hasta ese camino. Hice mal, lo confieso; pero la culpa fué de ese malhadado libro.

ADEL. Qué dice usted?... Ni qué libro?...

CÁRLOS. (Tomándole y enseñándole.) Éste... Usted arrancó una

hoja, yo la encontré, leí su contenido y quise probar á poner en práctica sus máximas.

ADEL. No lo decia yo? Que este desventurado libro era capaz de trastornar el mundo? (Con más dulzura.) Con que en fin, aquel desden?

CÁRLOS. Era fingido, señora: perdónemelo usted.

ADEL. Y fingia usted tambien ahora poco?

CÁRLOS. Oh! no: por mi honor lo juro.

ADEL. Con que cuando Sir Jorge le ha dicho á usted que yo condescenderia..

CÁRLOS. Me alegré en el alma de ver vencida tan dura obstinacion.

ADEL. De manera que si yo consintiera, como Sir Jorge le ha dicho á usted, en casarme...

CÁRLOS. Ah! sí, Adelaida... consienta usted.

ADEL. Pues bien... (La ira me ahoga...) consiento.

CÁRLOS. Al fin he vencido! Lograré que sea usted mia. (Se arroja á sus pies.)

ADEL. (Se sorprende un momento y luego dispara una carcajada.) Cárlos, envie usted por el médico: usted se ha vuelto loco.

CÁRLOS. (Exasperado y levantándose.) Cómo! es una burla sangrienta!... Usted, señora, no es mujer, sino una serpiente venenosa.

ADEL. (Asustada.) Si se habrá vuelto loco de veras? (Vá á salir y Julio la detiene.)

ESCENA X.

JULIO y DICHOS.

JULIO. Bravísimo! querida tia. Muchas son las rarezas de usted, pero esta ya pasa de castaño oscuro! Qué broma cruel ha sido esta de decirme que Sir Jorge consentia en mi casamiento?

ADEL. Me quieres tú tambien volver loca? Lo que te he dicho es la verdad pura.

JULIO. Pues si me dice que á quien él ha prometido su hija es al señor don Cárlos.

CÁRLOS. Á mí?

ADEL. Vamos, está visto: el señor intrigaba secretamente.

CÁRLOS. Yo no merezco tan villana sospecha, señora: la tolerancia más respetuosa llega á apurarse tambien.

JULIO. Pero, señor, ¿qué embrollo es este, si el inglés mismo me ha dicho que usted, tia, que usted ha sido quien le ha instado á que otorgue á Belmonte la mano de su hija.

ADEL. Yo he de perder el juicio: búscame al instante á Sir Jorge.

JULIO. Aqui viene.

ESCENA ÚLTIMA.

SIR JORGE, EMMA y DICHOS.

JORGE. Seniora, yo quiero pronto explicamientos.

ADEL. Y yo tambien.—¿Para quién le he pedido yo á usted la mano de su hija?

JORGE. Para este senior don Cárlos.

CÁRLOS. (Con ironia á Adelaida.) Quedo muy agradecido.

ADEL. Yo estoy soñando! ¿Pues no le dije á usted terminantemente que aquel mismo jóven con quien yo le habia enviado á llamar... el que le llevó mi embajada, me acuerdo que dije...

JORGE. Precisamente: pues esto ha estado el embasador. (Á Cárlos.)

CÁRLOS. En efecto, Julio fué el que me encargó..,

JULIO. Desdichado de mí! es decir que endosé la letra al portador.

ADEL. Buena la has armado, sobrino!

JULIO. Emma ¿vé usted lo que me pasa por no haberme querido separar de usted un momento.

EMMA. Oh! yes! Dá mucha pena á mí.

JORGE. Yo decia esto, y esto repito: mucho contento en dar mi hija á uisté. (Á Cárlos.)

CÁRLOS. Y yo... (Demos el último golpe)... Yo, Sir Jorge, acepto gustoso esta honra.

ADEL. (Ap.) (Ahora veremos.)—Sir Jorge?

JORGE. Seniora?

ADEL. Usted me ha ofrecido su mano?

CÁRLOS. (Este diálogo se acelerará todo lo posible.) (Ap.) (Qué oigo!)

JORGE. Y confirmo.

ADEL. Pues yo la acepto.

JORGE. (Alborozado.) Oh! *Thank you*! *Hurrah*! Yo mucho contentamiento.

CÁRLOS. (Acercándose á Adelaida muy conmovido.) Adelaida! ¿será usted capaz?...

ADEL. Si... No me quiere usted por mujer, me tendrá por suegra.

CÁRLOS. No hará usted tal cosa.

ADEL. Ó renuncia usted á Emma ó ha de ser usted mi yerno.

JULIO. Sir Jorge, una palabra.—Hablemos en plata.—Ya los ve usted allí á los dos cuchicheando.

JORGE. Cuchi... cuchi... Qué? (Julio ha de hablar seguido sin hacer caso de las interrupciones de Sir Jorge.)

JULIO. ¿Quiere usted saber por qué estan tan agitados?

JORGE. Yes.

JULIO. Los dos se aman locamente: pero por amor propio, por tiquis miquis...

JORGE. Ticos... micos?

JULIO. Siempre andan, «pícame Pedro, que picarte quiero.»

JORGE. ¿Quién es esto don Pedro?

JULIO. Pero ni Cárlos amará nunca más que á su marquesa, ni mi tia á otro más que á Belmonte, ni yo quiero á nadie más que á Emma...

JORGE. Yo no estaba eqüívoco.

JULIO. Ni Emma quiere á nadie más que á mí.

EMMA. Yes; esto es verdad.

JULIO. Con que, de un tiro puede usted matar cuatro pájaros.

—Á la edad de usted, ya no es cosa de meterse en honduras...

JORGE. En honduras!

ULIO. Caze usted sus liebres, no se meta á cazar gangas... Y...

JORGE. Gangos!... yo!...

JULIO. Y déjenos usted nuestros amores.

JORGE. Ho, ho, ho.—Cazador mucho mostrenco, pero mucho desvergonzante y gracioso calavero!... ¿Conque jacía amor á la seniorina?

JULIO. Y estoy loco por ella.

JORGE. Uisté, seniora? (Á Adelaida.)

ADEL. Mi sobrino ha dicho toda la verdad.—Perdóneme usted si...

JORGE. (Con serenidad finjida y burlesca.) No hay perdon.

ADEL. (Con zalamería.) Vamos, ya veo que si; y en cambio cuente usted con la quinta de Álamo-hermoso.

JORGE. Bravo, bravísimo! Yo quedo solo con esto mi cachorro nuevo, y doy á todos mis bendiciones. (Bendice cómicamente á todos (1).

CÁRLOS. Señora, y quién la autoriza á usted á prometer esa hacienda?

ADEL. Pues no faltaba más, sino que no pudiese yo disponer de los bienes de mi marido. (Le alarga la mano.)

CÁRLOS. (Tomándola con efusion.) Al fin!

JULIO. Señora Reina, esto es declarar que vuestra majestad abdica.

ADEL. Pero para seguir reinando en algunos corazones escogidos.

JORGE. } (Simultáneamente.) { Esto mehor.
EMMA. } { Oh! yes.

JULIO. Mucho ruido hará en la córte, en España, en toda Europa...

---

(1) No haciendo la cruz, sino extendiendo ambas manos con las palmas hácia abajo sobre la cabeza de cada uno.

ADEL. (Adelantándose al proscenio.)

No por tierras dilatadas
me importa se aplauda el hecho:
mis dichas serán colmadas
si el concurso satisfecho
me otorga algunas palmadas.

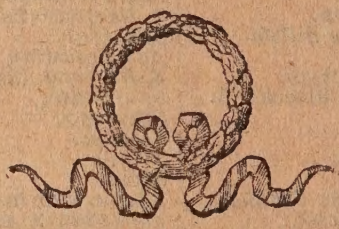
FIN.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice
Madrid 4 de Octubre de 1865.

El Censor de Teatros,

NARCISO S. SERRA.

COMISIONADOS PRINCIPALES DE ESTA ADMINISTRACION.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	Paya é hijos.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	A. Lloret.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almeria.	L. Iribarne.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila	O. Carrascosa.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	F. Lopez Moreno.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra.
Bejar.	M. Ilian.
Bilbao.	T. Astuy.
Búrgos.	T. Arnaiz.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	J. Valiente.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	M Savoie, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	F. Orellana.
Carolina.	H. Lozano.
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	T. Astuy, de *Bilbao.*
Ceuta.	J. Bosqui.
Ciudad-Real.	Viuda de Gallego.
Córdoba.	M. Muñoz y Blasco y R. Arroyo
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	P. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	J. Lago, de la *Coruña.*
Figueras.	Viuda de Bosch.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida
Guadalajara.	F. Sanchez.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Haro.	M. Ibañez.
Huelva.	F. Galvez Palacios.
Huesca.	M. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez y Compañia, de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	M. Gonzalez Redondo.
Lérida.	T. Casals.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G Taboadela.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	J. Rodriguez Perez.
Murcia.	T. Guerra.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	C. Ferris.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	B. Longoria.
Palencia.	G. Camazon.
Palma de Mallorca.	E. Pascual y J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	M. P. Moreno.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. B. Vidal.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	R. Gutierrez.
Salamanca.	T. Oliva.
San Fernando.	A. Molinelo.
S. Ildefonso (La Granja)	R. J. Serna.
Sanlúcar.	S. Lindres Echezárraga.
San Sebastian.	J. R. Baroja.
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	P. Basanez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	J. Sancho Pulido.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	M. Sol.
Teruel.	A. Lázaro.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	A. Rodriguez Tejedor.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.
Ubeda.	C. Trevino
Valencia.	F. de P. Navarro.
Valladolid.	D. Jover.
Vich.	J. Soler.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	S. Hidalgo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	M. Conde.
Zaragoza.	M. Diaz.

MADRID. Librerias de la *Viuda é hijos de Cuesta*, y de *Moya y Plaza*, calle de Carretas; de *A. Duran*, Carrera de San Gerónimo; de *L. Lopez*, calle del Cármen, y de *M. Escribano* calle del Príncipe.